



loqueleo

© 2023, Roy Berocay, Daniel Soulier  
© De esta edición:  
2023, Ediciones Santillana, S. A.  
Juan Manuel Blanes 1132. 11200.  
Montevideo, Uruguay  
Teléfono: 2410 7342  
www.loqueleo.com/uy

ISBN: 978-9974-92-489-5  
*Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay*

Primera edición: setiembre de 2023

Dirección editorial:  
Viviana Echeverría

Ilustraciones:  
Daniel Soulier

Diseño de colección y maquetación:  
Gabriela López Introini

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



# Yanisa la creadora de sueños



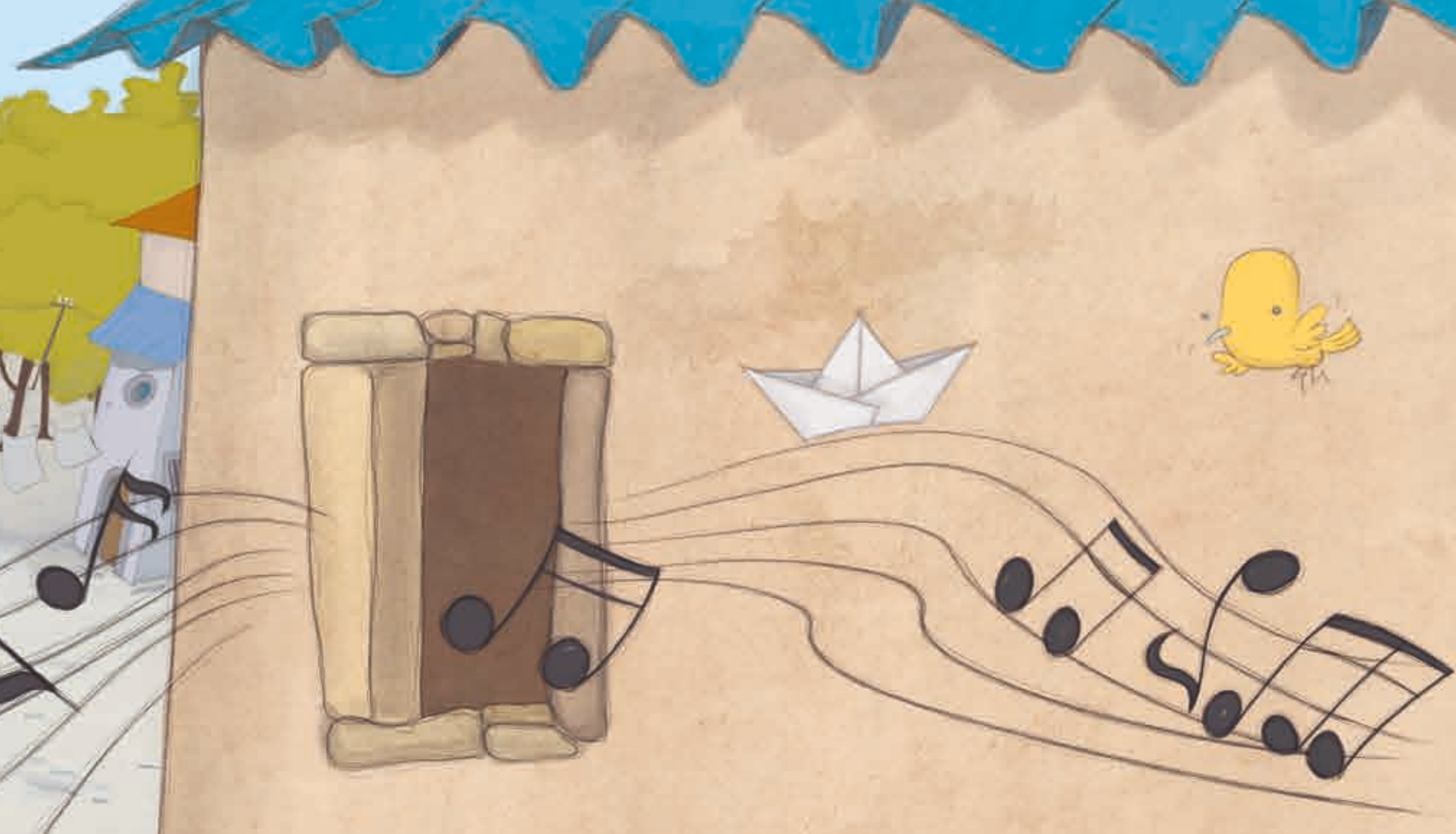
**ROY BEROCAJ**  
Ilustraciones **Daniel Soulier**

loqueleo



La vida en el pueblo de Yagutp Zoba era muy tranquila.

No había automóviles. Entonces no había ruidos de motores roncando todo el día por las calles. Como el pueblo no era muy grande, se llegaba caminando, saltando, volando o arrastrándose a todos lados, dependiendo de qué tipo de bicho se era, claro.

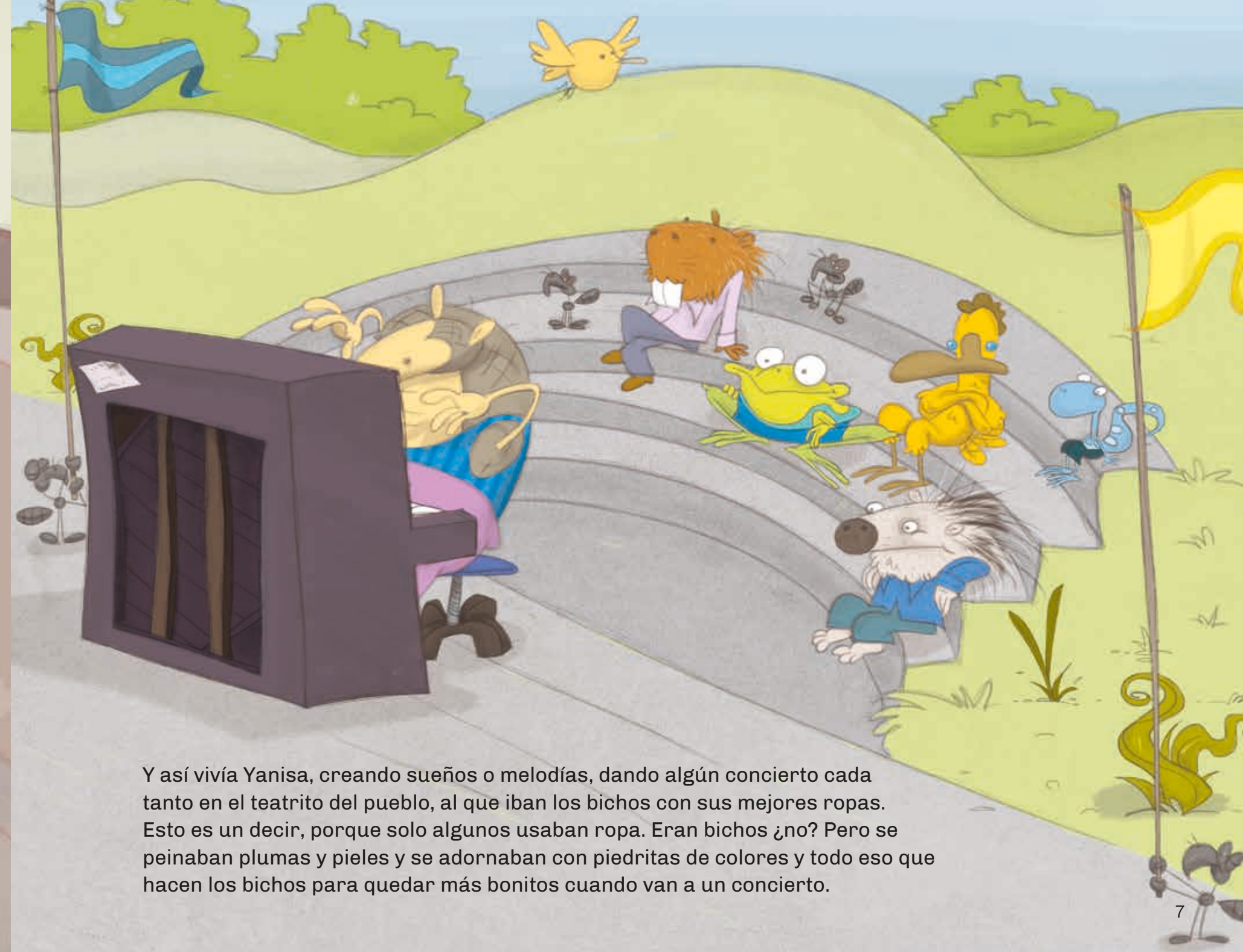


En una de esas casas vivía Yanisa, la mulita. Era muy seria, pacífica y, como todas las mulitas, bastante tímida.

Lo que más le gustaba era estar ahí en su casa inventando sueños. Bueno, en realidad no era que inventaba cosas para que los demás vieran cuando dormían. No. Ella componía música, creaba unas melodías dulces e increíbles que hacían que quien las escuchaba de pronto soñara despierto.

Así de buenas eran sus creaciones.

Yanisa tenía un pequeño piano, un cuaderno, un lápiz y una goma. Para qué tenía un piano era obvio. El cuaderno lo utilizaba para anotar las notas que se le iban ocurriendo cuando imaginaba una melodía. Y claro, las anotaba con el lápiz. La goma era para cuando se equivocaba.



Y así vivía Yanisa, creando sueños o melodías, dando algún concierto cada tanto en el teatrillo del pueblo, al que iban los bichos con sus mejores ropas. Esto es un decir, porque solo algunos usaban ropa. Eran bichos ¿no? Pero se peinaban plumas y pieles y se adornaban con piedritas de colores y todo eso que hacen los bichos para quedar más bonitos cuando van a un concierto.

Un día, muy pero muy temprano, una mañana muy tibia en la que Yanisa se había levantado con una melodía dándole vueltas en la cabeza, sucedió algo.

Después de desayunar, ella se sentó al piano, y ¡trim!, tocó un acorde en las teclas. (Un acorde es cuando se toca más de una nota al mismo tiempo).

–Mmmm –pensó–. Suena muy bonito.

Y otra vez: ¡trim!



Pero cuando estaba a punto de tocar un segundo acorde, ocurrió algo inesperado.

¡RRRRRMMMMMMMMMMMMMM!

Un ruido infernal entró por la ventana.

¡RRRRRRMMMMMMMMMMMMMM!

Yanisa salió a ver qué era aquello que sonaba como una manada de rinocerontes enojados en moto.



Allí, en la casa de al lado, su vecino nuevo, Valdemar el zorro, cortaba el pasto con un aparato muy raro.

¡RRRRRRRRMMMMMMMMMMMMM!

Tiempo después Yanisa se enteraría de que eso se llamaba bordeadora.

